

La merindad de Tudela durante la guerra realista

Dentro del siglo decimonónico hay una guerra poco conocida, la llamada *Guerra Realista*. Se trata, nada menos, que del primer conflicto armado entre españoles que registra la historia, oscurecido un poco, sin duda, por la gran epopeya de la Guerra de la Independencia, mezcla de lucha contra el invasor napoleónico y sus esquemas revolucionarios, y la primera Guerra Carlista, pleito dinástico que los españoles tratan de resolver violentamente. Los profesores Gamba, Suárez y Cornelias han tratado de interpretar el período llamado del *Trienio Constitucional* (1820-23), dentro del cual cae esta guerra, estudiando el fondo ideológico que encierra, y llegando a la conclusión de que los realistas que se oponen al Sistema constitucional entre 1821 y 23, con las armas en la mano, son un eslabón que une a los que luchan contra Napoleón en 1808, con los que enarbolan la bandera de don Carlos en 1833. Siendo así, hay una estrecha vinculación entre estos tres hechos trascendentales que se producen en el primer tercio del Ochocientos.

El liberalismo naciente encuentra una barrera, desde el mismo día que Riego proclama la Constitución de Cádiz en 1820, cuando el viejo régimen, que se llama absolutista, entra en crisis; es, desde este instante, cuando se consuma la división de los españoles en dos bandos casi irreconciliables, que ya se venía fraguando desde hacía años. Los partidos políticos son ya una realidad irreversible y de consecuencias trascendentales, y el difícil encaje de un nuevo mundo en el antiguo produce extorsiones de toda clase, con su arranque en este período del Trienio Constitucional, que incluye la primera guerra civil española.

Por lo que toca a Navarra, Gamba ha abierto brecha el primero, estudiando este momento histórico desde el campo realista, con su libro *La primera guerra civil de España*, y ofreciéndonos una interpretación casi ignorada por los historiadores liberales, que explica mejor la evolución posterior decimonónica. La parte episódica de su trabajo, sigue principalmente las actividades bélicas de la famosa División de Navarra y de los caudillos de la rebelión dentro y fuera de nuestra tierra, hasta la venida de Los Cien mil hijos de San Luis, que pone fin a la lucha y restablece el régimen absolutista en principio, aunque luego se frustren los resultados de la victoria, desilusionando a los puritanos de la primera hora.

Mi trabajo intenta dar a conocer los acontecimientos desconocidos o casi desconocidos de esta guerra en la merindad de Tudela, tratando más que nada (ya que no hay grandes batallas que describir), de informar sobre el espíritu de los pueblos en tan interesante momento con su reflejo en la vida diaria, un tanto superexcitada en aquellos días. Y también de dar cuenta de los pequeños episodios guerreros que tienen lugar en los campos de nuestra Ribera tudelana.

LOS SÍMBOLOS DE VASALLAJE EN TUDELA

El entusiasmo constitucional se manifiesta en Tudela, como en otras partes, y corre a cargo de un grupo bastante nutrido de liberales decididos, en la mayor parte de los casos militares, hombres de letras y gentes del campo burgués. Nace, como resultado de este fervor constitucional, la llamada *Sociedad Patriótica de amantes de la Constitución del Vencerol de Tudela*. La ciudad navarra del Ebro, una de las primeras en España en crear una *Sociedad Económica de Amigos del País* (en 1778), no podía menos de señalarse también en tan decisivo momento. Como apunta P. de Laborda en *Apuntes tudelanos*, después de seis años de absolutismo, abrióse la espita de la libertad, que se desborda en mil formas, una de ellas, las reuniones o tertulias políticas, en las que se llegaba a acaloradas discusiones. Se reunía esta «peña» (como diríamos hoy) en casa de don Pedro Ibarra, emplazada junto al arroyo Vencerol, que da el nombre a la progresiva Sociedad patriótica, cuyo objeto era —copiamos a Laborda— defender nuestra santa constitución política, promulgada en Cádiz en 1812. Destacaba entre sus componentes el escribano don Francisco de Sales Belaunza, durando estas tertulias (a las que asistían también mujeres) algo más de un año, hasta septiembre de 1828.

Pues bien; a cargo de estos liberales entusiastas, corren las primeras iniciativas tendentes a borrar los vestigios del viejo régimen, al que suponían caído para siempre. Las Cortes de Cádiz habían decretado en 1811 la abolición de los «privilegios exclusivos, privativos y prohibitivos, precedentes de señorío». Otro decreto para poner en ejecución el anterior no llega a tiempo, pues lo impiden el regreso de Fernando VII en 1813 y la automática abolición de la Constitución de Cádiz, hasta que la sublevación de Riego en 1820, la restablece con todas sus consecuencias. Los *vencerolistas* tudelanos, que ya tenían sus proyectos para este momento, iniciaron sus actividades con un ataque a fondo a los símbolos de vasallaje, cosa bastante lógica en principio, sino que al aplicarse a los casos concretos, tuvo sus fallos. Las servidumbres de tipo social, consecuencia de una jerarquización ya anticuada e injusta a todas luces, habían producido la natural reacción en el sector renovador, por atentatorias a la dignidad personal. Aquellos privilegios de clase, mantenidos siglo tras siglo, resultaban injustos y anacrónicos, como se ha encargado de confirmarlo el tiempo.

El ayuntamiento de Tudela, presidido por don Francisco Veraiz, estaba preocupado en abril de 1821 por la existencia de unas cadenas colocadas en la casa de Francisco Frías. He aquí la representación elevada al Jefe Político, don Luis Veyán: «En la casa de don Francisco Frías, de esta ciudad, se hallan fijadas unas cadenas, en memoria de haber sido hospedado Carlos IV. Diferentes veces se ha suscitado la duda si son o no signo de vasallaje, de aquellos mandados abolir por el decreto de las Cortes. Pero este ayuntamiento, no encontrando una declaración terminante de la afirmativa, siempre se ha contemplado sin la autoridad suficiente para mandarlas quitar, porque no se le achacase de arbitrariedad. Sin embargo, con motivo de la llegada de las tropas del general Riego, se han sorprendido diferentes oficiales a la vista de dichas cadenas, creyendo en su concepto que ellas significaban vasallaje, y me han representado sus quejas. Este compromiso me ha puesto en el caso de reflexionar que

puede llevar el de verme en otros más sensibles, aunque en efecto sea equívoca la razón de su existencia, y he probado los medios de persuasión con dicho Frías, por si voluntariamente quería quitarlas; pero me ha contestado que sólo lo haría si se le da una orden para ello».

Con buen sentido, el Jefe político contestó que no se consideraba autorizado para mandar tal cosa, manteniéndose así dentro de la más pura ortodoxia constitucional. La verdad es que el ayuntamiento andaba un poco retrasado en todo esto, porque ya en septiembre del año anterior, los *vencerolistas* se habían descolgado con otra petición, en tono un poco más subido que la del ayuntamiento, claro, al entonces Jefe político don Pedro Sigües. También entonces la respuesta había sido sensatísima, haciendo ver esta autoridad (equivalente a la del actual gobernador), que se trataba de una distinción puramente honorífica, otorgada por los reyes a las casas donde casualmente se hospedaban. En cambio, autorizó Sigües a arrancar una argolla del frontis de la casa del Ayuntamiento, donde antiguamente se colocaba a los delincuentes de poca monta, generalmente por hurtos. Una de cal y otra de arena.

También existían semejantes instrumentos de la justicia en Cascante y Marcilla, hecho que denunciaban los agudos y perspicaces constitucionales tudelanos, siempre en vanguardia. Se trataba, sin duda, de las antiguas picotas o rollos (algunos muy artísticos y vistosos), que existían en las principales poblaciones y de los que se hizo una buena limpia en otros puntos de Navarra, como en Lacunza. Casi siempre ocurría igual; se trataba de tropas mandadas por oficiales rieguistas cien por cien, y que hacían a la perfección este oficio de iconoclastas. En el caso de Tudela, colaboraban gustosísimamente los del Vencerol. Tudela, cabeza de su merindad o albalá, andaba entonces por los 1.500 vecinos y 6.500 habitantes, con 1.279 casas, según los datos del ya citado P. de Laborda, y su influencia sobre sus pueblos era manifiesta, como es lógico. Ella marcaba el pulso y sus milicias voluntarias —ya lo veremos luego— se encargaron de mantener el orden, o más bien, el desorden.

LAS LÁPIDAS DE LA CONSTITUCIÓN

Mientras los constitucionales andaban a la caza de cuanto tuviese color de vasallaje, llegando a extremos ridículos a veces, los llamados «serviles», los realistas, se dedicaban a destruir aquí y allá las recién estrenadas lápidas de la Constitución, cuando no las embadurnadan con lo que se puede suponer. Estamos todavía en los inicios, cuando los ánimos se empiezan a caldear, sin llegar todavía a mayores. Esta es la época de la simbología: lápidas, cintas de distinto color, según la ideología de cada cual, canciones, etc. En todo caso, los símbolos de vasallaje había que sustituirlos por otros, que metiesen a todos el nuevo régimen por los ojos y los oídos.

El ayuntamiento de Corella comunicaba en 18 de noviembre de 1820, lo que sigue: «En la mañana de este día, ha amanecido la lápida de la Constitución con dos balazos. El ayuntamiento, pasmado de tan horrendo crimen, se ha congregado en la Casa Consistorial para el descubrimiento del autor o autores, y uno de los medios que ha acordado para el descubrimiento de autor o autores ha sido que, desde luego, proceda el alcalde a recibir información. Y también, que se publique bando, invitando a todos los buenos ciudadanos a que

suministren las noticias que sepan y puedan adquirir, ofreciendo el premio de cien duros a cualquiera que descubra aquéllos».

Firman la comunicación los señores Sagaseta de Ilúrdoz, Goñi, Ximénez, Díaz de Artázcoz y Laquidáin, éste, secretario. No hallamos noticias posteriores sobre este incidente. La recompensa no podía ser más tentadora, diríamos que casi desproporcionada y sin precedentes ni consecuentes; 100 duros eran mucho dinero. En marzo de 1821 se vuelve a cometer una nueva tropelía con la sufrida lápida corellana. Veamos lo que nos dice el ayuntamiento, presidido por don Sebastián Arteta: «En la mañana de este día ha amanecido embadurnada la lápida de la Constitución e inmediatamente se ha hecho limpiar. Este desacato ha llenado de indignación a los *buenos* y, particularmente, a los individuos del ayuntamiento, que estaban complacidos de ver que, en los tres días de Carnavales, en que generalmente se ha divertido toda clase de gente dando pruebas de moderación, no haya habido algún díscolo...» Por supuesto, no se había dado con el embadurnador, como ocurrió meses antes con el que jugó al blanco con la *Santa* Constitución, como la llamaban los forofos tudelanos.

Algo parecido ocurrió en Fustiñana, donde se había echado el resto para plantar en la plaza una lápida verdaderamente llamativa y elegante. Pero no por eso fue respetada, como puede apreciarse por la comunicación del ayuntamiento, presidido por Eusebio Arrondo, quien se expresa en estos términos: «En la madrugada de este día y hora como de las cuatro y media, al pasar mi alcalde por la Plaza de la Constitución de esta villa, ha observado que la lápida, de piedra de alabastro pintada de negro, con letras doradas... está picada la inscripción Plaza de la Constitución. Y hecho concepto que esa operación se había executado al paso de la noche, con escala de mano y algún instrumento sólido, según las señales que se notan en la pared...». Se trata de ejemplos tomados al azar, entre los muchos que ocurrían aquellos días y se comunicaban al jefe político. En ningún caso se descubre a los autores del desaguisado y es que la complicidad era manifiesta en un gran sector de la población navarra. Siempre, siempre, los exaltados constitucionales son un porcentaje escaso, aun en Tudela. Como en todo, había grados, tanto en un bando como en el otro.

En esta ciudad, no hubo rotura ni embadurnamiento de la Constitución, al parecer, pero sí fue motivo de un gran alborozo y consiguientes disgustos la que se había colocado en sitio aparente. A fines de 1820, se comprueba con abundantes testimonios que esta gente ribereña, de por sí un poco de sangre caliente, se sube a la parra con la mayor facilidad, aunque tampoco se quedaban cortos en otras merindades por estas fechas. Nos enteramos del suceso por una dura representación del 7 de enero de 1821, en la que se ataca sin rodeos a la primera autoridad, perdido el respeto tradicional. Se trataba de don Francisco Veraiz, al que se acusa de esto y de aquello; para empezar, de anticonstitucional para arriba.

Por lo visto, un grupo de voluntarios de la milicia nacional pidió y obtuvo permiso para hacer su ronda nocturna por las calles con música y expansionarse a su gusto, molestando de paso a la vecindad, concretamente, a los anticonstitucionales. Pero copiemos el trozo más sabroso de la comunicación, adobada a su gusto por los de la milicia: «...Efectivamente, a los milicianos se reunieron

LA MERINDAD DE TUDELA DURANTE LA GUERRA REALISTA

otros ciudadanos, entre ellos oficiales retirados, y cantamos himnos patrióticos por algunas calles. Y cuando íbamos desfilando por delante de la lápida de la Constitución, gritando los más patrióticos vivas... a las diez y media, nos vimos atacados por unos hombres, que con palabras indecorosas nos imponían silencio y atajaban nuestros pasos».

Se trataba del alcalde y su gente, que empezaron a insultarles, tratándoles Veraiz de malos ciudadanos y de tumultuarios, y obligándoles a retirarse a sus casa. Esta era la versión que daban al jefe político una veintena de firmantes del escrito, más o menos, entre los cuales leemos los nombres de Pío Gómez Gutiérrez (teniente retirado), Gregorio de Yanguas, Miguel María Anchorena, Manuel Martínez de Morentin (comandante del tercio de infantería de la milicia voluntaria), Javier Guenduláin (capitán del Provincial de Logroño) y Manuel Las Eras. Y no se crea que se trataba de unos desarrapados, sino también de personas cultas y acomodadas en algunos casos, que llevaban dentro el virus constitucional. Casi aseguraríamos que Martínez de Morentin figuraría en cabeza, a juzgar por las repetidas muestras que da de su fervor por el sistema, según veremos luego.

Claro que Veraiz se defendió como mejor pudo. Las canciones patrióticas de estos «angelitos» habían terminado en rabiosos insultos y expresiones como ésta: « Esta es la calle de los serviles y de los rusos», para que los aludidos se enterasen bien. Esta alusión a los *rusos* era entonces el coco para los de la situación, pues como es bien sabido, Rusia simbolizaba el absolutismo zarista y ya se especulaba con la posibilidad de una intervención en los asuntos de España, como ocurrió efectivamente en 1823. Al jefe político no se le ocurrió otra cosa que disculpar a los camorristas y provocadores nocturnos, haciendo ver a Veraiz que las expresiones de *serviles* y *rusos*, los epítetos en boga entonces y que se escupían a diario a los de enfrente, no eran más que un pequeño y legítimo desahogo. La verdad es que se habían quedado roncós gritándoles, ¡ Trágala servilón!, el peor insulto entonces. Del entusiasmo rieguista de este grupo tudelano nos habla la conmoción producida entre ellos por la exoneración de Riego de la comandancia de Zaragoza y su traslado a Lérida. Con tal motivo, se apresuraron a ofrecerse a la primera autoridad de Navarra, dispuestos a derramar su sangre si fuera preciso. A la cabeza del escrito figura Morentin, este curioso ejemplar de liberal intransigente en su versión navarra. Sus fogosos escritos, en los que pone el alma y la vida, le acreditan de buen animador del ambiente. De su pluma saldrían con el tiempo varios libros apreciables, que registra Castro en su obra *Biblioteca Tudelana*. Pero no encontró demasiados prosélitos para su causa.

LA SITUACIÓN EN CORELLA EN 1821.

UN SERMÓN MOVIDO Y UN CHOQUE CON LA TROPA

Lo que se advierte en Tudela, pasaba en menor grado en los populosos lugares de la merindad, especialmente en Corella y Cascante. Corella contaba entonces con 4.600 habitantes y 895 casas. No parece que la temperatura constitucional fuese tampoco aquí muy elevada, pues si en Tudela se presentaron 36 voluntarios en julio de 1820, cuando se trataba de organizar la milicia nacio-

nal, en Cintruénigo y Corella se ofrecieron unos pocos, demostración de la indiferencia, o más bien hostilidad, con que se la miraba.

Cualquier acto público o función religiosa servía aquellos días de pretexto para armar el gran alboroto, con los consabidos vivos y muertas, con la música de fondo del *Trágala*. Del ambiente que se respiraba en Corella, nos da una idea lo ocurrido en el sermón predicado con motivo de la Cuaresma el 23 de abril de 1821, al manifestarse como constitucional el predicador, produciéndose algún barullo en plena función. El ayuntamiento, que presidía don Sebastián de Arteta, informaba al jefe político de haberse notado «algún murmullo», al exhortar el sermoneador a la unión «para consolidar el sistema constitucional, evitando las seducciones de los malévolos». Muchos corellanos debieron recoger la pedrada, pero no pasó a mayores la cosa, creyéndose el ayuntamiento obligado a recordar a los párrocos la obligación de predicar la *sagrada* constitución.

La reacción del jefe político Veyán a esta comunicación, nos resulta francamente fuerte y agresiva. La verdad es que los incidentes de esta clase se multiplicaban a lo largo y a lo ancho de nuestra geografía, y le debió coger la cosa en un momento de gran excitación. Tomamos de su respuesta al alcalde: «Ya es llegado el tiempo de que las autoridades depongamos la tolerancia y el sistema de lenidad, el cual, lejos de haber producido hasta ahora utilidad alguna, nos ha conducido al borde de un abismo de males. Es preciso decirlo ya; muchos ministros del altar, con quienes se han tenido consideraciones, a que no son acreedores por su espíritu de sedición, tan opuesto a las sagradas máximas del Evangelio, con escándalo de la Religión, con infracción de los sagrados cánones de la Iglesia, desobedeciendo las autoridades de los Santos Padres, en vez de predicar a las autoridades constitucionales, siembran la desconfianza en el gobierno, calumnian el Sistema constitucional y, en fin, provocan la guerra civil, hasta el extremo de ponerse ellos mismos a la cabeza de los revoltosos, sedientos de sangre en que empaparse unas manos, indignas de tener en ellas el modelo de mansedumbre. ¿Y de qué sangre? De la de sus padres, hermanos y allegados... Sólo el imaginarlo espanta y yo nunca hubiese creído tal conducta en los ministros del altar, a no verla realizada por una experiencia tan desgraciada... En el día se ve, con escándalo, que curas y frailes vagan por despoblados a la cabeza de facinerosos y foragidos. La opinión de todos pelagra, si francamente no se manifiestan los buenos; los que lo sean, merecerán todo el aprecio de los españoles católicos, del gobierno y de las autoridades... Y no puede dejar de cumplir su obligación en caso como éste, y espero lo cumpla para satisfacción de V. y del Gobierno, no cesando de inculcar a los feligreses que la Constitución asegura más nuestra Religión, y que, siendo esta su primera base, no puede dejar de existir mientras exista la Constitución».

En parecidos términos se expresa la carta dirigida al ayuntamiento, recordando las acciones de Salvatierra y Ochandiano. En la primera, hicieron acto de presencia los milicianos tudelanos, quienes a la vuelta celebraron el éxito con una función en la que hubo lo suyo, como ya veremos. Cumpliendo tan fuerte requisitoria del jefe político, el párroco de San Miguel, don Juan Mateo, hubo de recordar a sus feligreses los principios con los que seguramente no comulgaba en absoluto, sin perjuicio de echar en cara a los munícipes su ofensiva filípica a los párrocos. Por lo que se ve, el *murmullo* que se armó en la

iglesia el día del famoso sermón, consistió en los ya clásicos gritos de «*Viva la Religión, Cua, Fuera y de gargajero*» (lo tomo literalmente). Una corellana de las finas gritaba a los que la sujetaban: «Dejadme salir, que esto no se puede aguantar». Resalta la prosa inusitada, que surge de las plumas de los responsables: dura, polémica, agresiva y con aire de exaltado entusiasmo por la causa que cada cual defendía. La temida división se había consumado irremisiblemente sin posible marcha atrás. La insurrección estaba en marcha y la gente se echaba a la calle. El clero toma parte activa en este movimiento de resistencia y aun acaudilla las partidas de realistas en algunos casos.

LA SITUACIÓN EN TUDELA A PRINCIPIOS DE 1822.

UN SERMÓN CONSTITUCIONAL

Si el famoso sermón cuaresmal de Corella dio no poco que hablar, aún sonó más el pronunciado el 27 de enero de 1822 en la Catedral, en presencia del propio obispo, el bondadoso don Ramón Azpeitia, al que deja en muy buen lugar *Los Apuntes tudelanos*, aunque nunca fue santo de la devoción de los liberales. La segunda ciudad de Navarra había perdido la tranquilidad de que gozaba antaño, según los prohombres más calificados, casi de golpe, como ocurría en Pamplona. Tal fue el impacto producido por el cambio político en la opinión navarra. Las pasiones se desbordaban más y más y la pluma de Martínez de Morentin mantenía el fuego sagrado desde su puesto de comandante de la milicia local, con la que había asistido a la acción de Salvatierra.

Precisamente, éste fue el motivo de la función solemne preparada para aquel frío día de enero, en cumplimiento de la promesa hecha a Santa Ana por el victorioso final de la expedición contra los «facciosos». Tan querida y venerada era la Santa por unos y otros; por todos los que ahora jugaban a buenos y malos. Lo peliagudo para la Santa sería atender por igual a los dos bandos, totalmente irreconciliables.

A las diez de la mañana, la Catedral rebosaba de gente, autoridades y pueblo, hallándose presentes los cuerpos de voluntarios de Borja, Tarazona, Cintruénigo, Cascante, Murchante, Corella, Tafalla y otros puntos, que formaban parte de la columna expedicionaria a la Provincia. La función se desarrolló con relativa normalidad, hasta que subió al púlpito don Antonio Moreno, capellán voluntario en esta jornada, con su lastre de constitucional convencido, uno de los pocos ejemplares de esta clase dentro del clero navarro. Copiamos la relación firmada por los flamantes jefes de la milicia, escrita seguramente por el siempre inspirado y elocuente Morentin:

«El más profundo respeto reinaba en el templo, cuando dio principio a su discurso, pintando con los colores más vivos los efectos de la división y discordia, que en todos tiempos han sido la ruina de los imperios... Lo mismo fue pronunciar *voluntarios*, cuando repentinamente se transforma el templo en taberna de alborotadores; el silencio, en la más desesperada gritería; la quietud y tranquilidad en una triste confusión de todos, entre los que las señoras, unas se desmayaban; otras en continuo llanto, no podían ser acalladas, no faltando a éstas muchas animadas de un espíritu varonil, que si salieron del templo, fueron con el objeto de vindicar sus armas en las manos, la causa pública de la Religión, de la Constitución que la protege y de sus interesados

voluntarios, decididos por ella. El orador, con la mayor serenidad de ánimo suspendió el discurso y advirtió de dónde salieron las alarmantes voces de ¡fuera, fuera!, y otras obscenas, que la decencia no puede referir... Y cuando cesó este primer sacrilego alboroto, a invitación del Ilmo. Sr. Obispo, continuó el orador, no el mismo discurso sino otro que improvisó, análogo a las circunstancias del crimen más horrendo que cubre de ignominia a Tudela, cuando era día destinado a la publicación de sus glorias...».

La brillante parrafada de Morentin no necesita de aclaraciones y nos muestra la situación exacta de la ciudad, que nunca antes habría contemplado espectáculo tan bochornoso. La función se terminó al fin y los milicianos formaron en círculo en la Plaza de la Constitución, acordando entre ellos que interviniese la justicia y se aplicase «a los criminales bárbaros la cuchilla de la ley». Durante todo el día siguió la excitación y a punto estuvo de armarse otro barullo al atardecer. La sangre no llegó hasta el Ebro, sin embargo, y todo quedó en palabras. Los 17 oficiales retirados de la Ciudad, animados por el fogoso verbo de Martínez de Morentin, llevaban la voz cantante en estas ocasiones y les faltaba tiempo para acusar a cada paso, a quien fuese, ante el jefe político, con aquellos escritos incendiarios, modelos de la mordiente literatura política de aquella época.

La verdad es que nadie engañaba a nadie. Las autoridades aparentaban cumplir, mostrando una adhesión al régimen, más teórica y verbal que real, y se veían desbordados por los extremistas de la milicia voluntaria, siempre dispuestos a ir con el cuento de turno o el chisme diario al jefe político.

Los SUCESOS DE SAN JOSÉ DE 1822 EN PAMPLONA Y SU REPERCUSIÓN EN TUDELA

Es natural que Pamplona diera la tónica del momento y que los pueblos estuviesen pendientes de lo que aquí pasaba. Al iniciarse el año 21, la animadversión hacia los militares empezó a sentirse con alguna violencia, no debiendo olvidarse que esta clase se manifestó constitucionalísima casi en bloque. Incluso figuras navarras, de la Guerra de la Independencia, tan sobresalientes como Espoz y Mina y Cruchaga, se manifestaron en este sentido y lucharon corajudamente contra sus propios compatriotas. Los decididos estudiantes del seminario llevaban la vanguardia de este movimiento antimilitarista, y eran continuos los choques con los consabidos gritos provocadores del ¡Trágala! y ¡Mueran los serviles!, contestados en el mismo tono por los de la otra acera.

El primer incidente serio tuvo lugar el 29 de enero de 1821, siendo provocado por algunos oficiales, asistidos incondicionalmente por Espoz y Mina, capitán general entonces de este distrito, quien tenía a gala llevar la cinta verde, símbolo de sus convicciones liberales. La incompatibilidad con la tropa fue aumentando, dándose lugar también a roces con la milicia nacional, creada para mantener el orden. Aquel *trágala* no se «tragaba» tan fácilmente en Pamplona. Por mayo llega nueva tropa y en el otoño la situación se agrava por la tirantez entre el jefe político y la discutida milicia nacional, mientras el centenar de estudiantes salidos del Seminario hacían su obra. El hecho es que la situación se hizo explosiva y los días 18 y 19 se produjeron graves choques entre militares y paisanos, con siete muertos y bastantes heridos.

La pacífica Pamplona había dejado de serlo desde esta sangrienta jornada. El regimiento Imperial Alejandro, furibundamente constitucional, se descolgó con un escrito agresivo y salvaje, calificándola de «ciudad díscola e infame», y pidiendo se le pusiese fuera de la ley, nada menos. En Tudela acusaron el hecho, que dio lugar a una enconada división de opiniones entre los milicianos voluntarios y reglamentarios, manifestándose éstos contra el trato dado a la capital y contra la disolución de su milicia, que se solicitaba. Era su comandante don Anastasio Rodríguez, quien se querelló con sus compañeros contra los extremistas voluntarios. En su escrito decían, que «no es la exaltación ni la fuerza de los pulmones el camino de la pública felicidad». Encabezaba la oposición don Francisco Sales Belaunza, con otros no menos exaltados; había estallado el cisma en el campo constitucional tudelano. El moderado Rodríguez reconoce que, «en el día, no se ven ni se oyen» los vecinos. Mientras tanto, los de la otra acera se cebaban en ellos y en el ayuntamiento, al que acusaban de «servil e indeciso». A Pamplona la calificaban Morentin y compañía, a raíz de estos desgraciados sucesos, «de pueblo aristócrata, bárbaro, vengativo, egosta y servil». Nunca se había oído semejante lenguaje en nuestro viejo reino; era el precio de las nuevas ideas, las primicias del naciente liberalismo, aunque tuviera también sus virtudes, por otra parte, y se impusiera con el tiempo, a costa de la secular tranquilidad de nuestros pueblos.

El mismo Rodríguez, que nos da la impresión de un hombre ecuaníme, escribirá con tal motivo: «Es cierto que aquí los ánimos se han indispuerto, pero no que éste sea el principio de la desunión. Trae su origen de más allá y ahora no ha hecho más que descubrir el fuego que estaba oculto... En Tudela reina el espíritu de partido...». En fin, que faltaba moderación, sobraba exaltación y se notaba un desprecio de las virtudes sociales, con la inevitable consecuencia de la ausencia de respeto a las autoridades. Y concluye: «Han nacido los insultos; han nacido una porción de fiscales de la conducta de todos». Había que empezar, pues —continúa—, por desterrar las denominaciones de *exaltados* y *serviles*-, evitar las canciones y voces ofensivas y... correr un velo sobre el pasado. Esto es lo que proponía Rodríguez al jefe político muy juiciosamente; pero no había remedio, como lo demostraría el futuro para desgracia general.

Más de 70 firmas figuran en el escrito contra los ocho querellantes de la milicia reglamentaria, acaudillados por este miliciano moderado. No parece dudoso que el fogoso escrito lo habría hecho el indispensable Martínez de Morentin, entre cuyos seguidores se contaban, y firman aquí, Juan José, Francisco y Renito Gaztambide (sin duda familiares del gran músico), Miguel María Anchorena, José Cunchillos, Gregorio de Yanguas, Vicente Ladredo, Manuel Burgaleta y José Pablús. Morentin había adoptado este lema de los exaltados, que iba muy bien con su temperamento: «Muerte o libertad». Aunque al fin de la jornada prefiriese expatriarse sin dejar rastro, como veremos.

MILITARES Y PAISANOS EN CORELLA

La situación evolucionaba en todas partes de modo semejante. Primero, el grito provocativo del *trágala*, vivas y mueras, rotura de las lápidas de la Constitución aquí y allá, y frecuentes choques con la tropa, cuya oficialidad

en todos los casos se sentía constitucional de arriba abajo. Corella, donde la lápida había servido de blanco para algunos, no podía ser una excepción y la excitación era general a fines de 1821. No ha de extrañar, pues, que se registrasen chispazos como el de 9 de noviembre de este año, que pudo haber llegado a mayores. Con esta fecha, daba cuenta don Sebastián Arteta al jefe político, de lo que acababa de ocurrir. Todo se reducía a que la tropa había sido molestada y apedreada al entrar, por algunos paisanos, que no aguantaban sus «canciones patrióticas», como llamaban los liberales a los insultos. Los incidentes se reprodujeron al día siguiente, y los alcaldes (Arteta y Benito Garisoain) se vieron obligados a salir a la calle para tranquilizar a la gente. Se trataba del destacamento de Jaén, cuyo comandante fue invitado a una junta convocada para restablecer el sosiego, con asistencia de los dos párrocos y de hombres honrados. Hubo tiros y algunos heridos por ambas partes, y la sangre enardeció más y más a la gente, hasta el punto de que el comandante solicitó la asistencia de la milicia tudelana y aun del Capitán General, resultando el remedio peor que la enfermedad. Ante la tensa situación, los alcaldes pedían al jefe político que sacase de la ciudad al destacamento que la había motivado, asegurando haber reinado la mayor armonía entre el paisaje y la tropa de los regimientos de Toledo y Granaderos de Castilla la Vieja, que había parado anteriormente en la ciudad.

El parte del teniente coronel Hevia a Tudela, pidiendo ayuda, decía así: «En este momento, que son las nueve de la mañana, se encuentra este pueblo con la mayor conmoción, a causa de odiar el sistema que felizmente rige. Dos conmociones repetidas anoche y hoy, han insultado y herido a tres soldados míos... Yo espero del acreditado patriotismo de V. me facilite auxilio de los nacionales, y que sean de la mayor satisfacción por sus ideas liberales, ínterin el Excmo. Sr. Comandante General de Pamplona dispone lo conducente al caso».

A la vista de los partes recibidos, el jefe político avisó al Capitán General, a fin de que enviase una «fuerza imponente» a Corella, para sofocar de raíz «el germen subversivo que se manifiesta hace algún tiempo en aquella ciudad». Como si el pueblo entero se hubiera levantado en armas, acudió rápidamente la División de Granaderos de Castilla a marchas dobles, junto con una compañía de caballería de Lusitania. Firma la orden del general don Gabriel de Mendizábal. Alaba el jefe Hevia la actuación de los ciudadanos don Saturnino Aguado, don Ramón Goñi y don Donato Porlier (cadete de la milicia de Logroño), ardientes constitucionales locales. Nos habla también del «crecido grupo de los conspiradores» de Corella. No podía menos de reaccionar la ciudad ante tan bochornosa humillación y no faltó su oportuna y enérgica protesta elevada el 12 de noviembre. El 14 se presentaron las fuerzas solicitadas ocupando militarmente la plaza, y el 22 habían salido ya, quedando solamente los Provinciales de Logroño y los de Jaén.

LA SITUACIÓN A MEDIADOS DE 1822

El ambiente se enrarecía más y más. Sonaban los tambores de guerra y en la Montaña operaba la recién creada División de Navarra, a las órdenes de Quesada, mientras los partidos de «facciosos» se multiplicaban por todas partes, viviendo sobre el terreno y propagando su espíritu y sus objetivos. Se había

creado una Junta Gubernativa y la guerra de verdad había comenzado. La suerte estaba echada y una de las bazas principales se jugaría en Navarra.

¿Qué pasaba por Tudela y su comarca? En 1 de agosto, el tantas veces citado Martínez de Morentin, daba cuenta de la situación al jefe político, en los siguientes términos: «El ciudadano que suscribe, debe hacer presente a V. S. como verdadero amante de su Patria, que la parte más tranquila hasta ahora de Navarra y más obediente a las leyes, va a ser próximamente envuelta en la más terrible anarquía, si no se toman prontas y eficaces providencias. La Ribera está ya en guerra civil y va a encenderse de un modo que hará arrepentir a las autoridades, de no haberse abrazado medidas a su tiempo para cortar los desastres que la cercan. La facción liberticida de Salaberri, que se anida en la misma Ribera, consta ya de 100 caballos y otros tantos infantes. Otra nueva, que ha levantado el cocinero de los Capuchinos de Valtierra, ha reunido ya 40 infantes y 8 caballos, e invadido los pueblos de Arguedas y Valtierra, en que han sido protegidos y auxiliados. Y otra facción, aunque más pequeña, recorre los pueblos de Corella, Ablitas y demás del lado derecho del Ebro, de modo que tienen circunvalado a Tudela. Estas facciones, que cuentan con todo lo necesario para hacerse respetables, esperan reunir su tuerza algo imponente para echarse sobre Tudela, donde no les faltan panaguados ni protectores...».

Así pues, Tudela estaba poco menos que bloqueada. Aparte de las partidas apuntadas, merodeaban las de Landívar (maestro de Caparrosa) y Lucus. Más adelante, nos dirá Morentin sobre el espíritu de sus convecinos: «De Tudela, nada diré, porque cuanto hay que decir de la perversidad de sus gobernantes, está cien veces repetido... Sus alcaldes no podrían servir mejor a los facciosos si se hallasen de edecanes de Quesada (el jefe de las fuerzas realistas en Navarra) Los alcaldes y la mayor parte del ayuntamiento duermen a pierna suelta, y ven con una calma envidiable el escándalo de *apellidarse* (acto de salir los vecinos en persecución de los realistas) los nuestros a la facción, por la gentuza, con la mayor publicidad. El obispo, los curas, el cabildo y los frailes, misteriosa y apaciblemente risueños, celebran el triunfo de las infames doctrinas, que han sembrado en las sencillas conciencias desde marzo de 1820...». No se libra aquí ni el propio obispo, don Ramón Azpeitia, que observa una conducta prudente, a lo que vemos en algún documento, procurando inhibirse en esto lo más posible. Igual le ocurría al de Pamplona.

Otra población que preocupaba mucho era Cascante, como se puede ver a través de un oficio al jefe político de un tal Francisco Puebla, en el que leemos: «El ayuntamiento actual jamás ha marchado bien por el camino majestuoso que marca la Constitución. Por lo mismo, es apático en el cumplimiento de sus deberes. Bien sabido es que está mandando que se recojan las armas a todos los que no puedan usarlas, pero hasta ahora, nada se ha hecho ni creo se haga en este negocio tan importante... Ahora, todos los *buenos* confiamos en la firmeza de las leyes, que V. S. hará respetar con su conocido patriotismo y sabias disposiciones... Apremiése pues al ayuntamiento, para que recoja luego las armas y municiones que tienen en su poder los malvados... Soy un militar antiguo, retirado y decidido a perder la vida por el Sistema en el campo de batalla, pero no quiero morir a manos traidoras de asesinos sueltos en un pueblo de más de 700 vecinos, que no cuenta 40 liberales».

Verdaderamente, con poco porcentaje de defensores contaba aquí la causa liberal aquí y en general en Navarra; enfrente, un escaso grupo de liberales convencidos, como este militar y el vehemente Morentin. Nos cuenta el del oficio, que había habido alguna conmoción el 19 de mayo, cuando los milicianos cascantinos marcharon a Corella, codo a codo con los valientes tudelanos. Igual que en esta ciudad anteriormente, la presencia de los militares provocó sus reacciones, con los consabidos vivas y mueras. Los comandantes de la milicia, señores Ilzarbe y Morales, escribían en 3 de julio, con motivo de la entrada de los milicianos de Logroño: «En efecto, con la presencia de estos beneméritos patriotas, y las disposiciones tomadas por su digno comandante, van cesando las voces tan alarmantes de, *¡Muera la Constitución, Mueran los voluntarios!*, que desde 1 de enero del corriente año no habían cesado de resonar por las calles, plazas y sitios de que se compone el distrito de toda su jurisdicción...». Claro que, en cuanto los de Logroño levantasen el vuelo, volverían las cosas a su estado anterior.

Otra cosa que quitaba el sueño —y volvemos sobre Morentin y sus compañeros— era el relativo aislamiento en que se tenía a los milicianos por la autoridad, de lo que se habían quejado ya en mayo. Ellos, los ultras de la Constitución, que habían acudido y tomado parte en las acciones de Salvatierra y Larrainzar, que estaban siempre prestos para sofocar cualquier motín o conmoción, resultaban —copio— «los promovedores de desórdenes y tumultos, los atropelladores de las autoridades, en una palabra, los genios turbulentos que alejaban de este pueblo el ramo de oliva». Y había no poca razón en todo esto; no tenían simpatías apenas. En Cascante habían echado materialmente a sus milicianos y Morentin se desfoga tratando de *bárbaros* y *caribes* a los vecinos. En Corella no aceptaron sus servicios cuando el motín que hemos contado. Las cosas se ponían rematadamente mal, y el día de Santiago, Morentin proponía la creación de una columna volante, visto «el mal espíritu que reina en lo general en todos los pueblos de este partido», para tratar de evitar una sorpresa por parte de los «traidores Salaberrías, Pintos y Baldas». Y no andaba descaminado Morentin, pues Tudela vería pronto a los «facciosos» en sus calles, siquiera fuese unas horas. Precisamente, a aquel Salaverri que quitaba el sueño a los milicianos de Tudela y su merindad. Creo que estos testimonios son más que suficientes para evidenciar el espíritu general en la Ribera tudelana.

ANDANZAS DE LAS PARTIDAS REALISTAS.

ENTRADA DE SALAVERRI EN TUDELA

Efectivamente, el 21 de agosto entraba en Tudela el cabecilla Salaverri, que por estos días se había incorporado a la recién creada *División Realista*. Según el parte del ayuntamiento, se presentó con 500 ó 600 infantes y 140 caballos, en el instante en que llegaban 143 voluntarios de Borja, Magallón, Agón y otros puntos para reforzar a los de casa. La sorpresa obligó a los constitucionales a replegarse rápidamente a la Casa-fuerte. El jefe realista comenzó por detener al ayuntamiento, amenazándoles con el fusilamiento por no haber salido a recibirle. Luego fueron arrestadas la madre de Martínez de Morentin y la hermana de Ramón Garbayo.

Según el melodramático comandante de la milicia, que nos habla de una defensa saguntina, o poco menos, él paró el primer golpe con 15 hombres (alrededor de 90 componían la milicia de infantería, más 16 de caballería), defendiendo las cinco avenidas de la plaza de la Constitución. Durante el combate, se presentaron las mujeres arrestadas, pidiendo la rendición de los voluntarios so pena de las más graves represalias. «Pero nosotros —escribe Morentin con su acostumbrado énfasis—, enajenados de todo lo que no fuese honor, Constitución y Patria, esta fue la respuesta que les dimos, amenazando de hacerles fuego a las mismas madres y esposas, si volvían con otra embajada igual».

Al rato, salió del Fuerte una partida de 20 hombres, que se hicieron dueños de la Plaza, al grito de ¡Viva la Constitución!, avanzando luego hacia el Portal de La Velilla. Más bien, lo que decidió la retirada de la cuadrilla realista, fue la aparición, a eso de las once, de la milicia de Soria, procedente de Tarazona, al mando de Araujo. El balance de la actuación fueron 6 muertos (algunos de ellos, fusilados) y varios heridos, llevándose preso Salaberri al alcalde primero, don Juan Lecumberri. Según Morentin, perdieron la vida el subteniente Belaunza y otros voluntarios. De momento, quedaron en la ciudad las milicias de los lugares vecinos y el 25 llegaron 500 soldados, renaciendo una tranquilidad relativa. Varias familias de milicianos se refugiaron en Aragón, ante el temor de nuevas sorpresas. La terrible derrota infligida por el coronel Tabuena a la facción de Salaberri en los campos de Carcastillo, alejó de momento el peligro. El 21 se presentó en Arguedas el jefe liberal, enviando al comandante Gurrea en persecución de Salaverri quien a duras penas pudo huir herido con otros cinco compañeros.

De todas formas, los pronósticos de Morentin se habían cumplido exactamente y no pecaban de pesimistas. Además de las partidas de Salaverri (que al ser exterminada produce un poco respiro entre los liberales de la zona), del Capuchino de Valtierra y de Landíbar, merodeaban por la tierra las de Lucus, Balda, Pinto, Navarro, Garcés y otros.

El mismo Salaverri había entrado en Corella el 18 de julio, como nos informa el propio Morentin. Nos dice que, según aviso del alcalde corellano, entraron 150 ó 200 «facciosos», saliendo él y su gente en seguida en su persecución. «Y en efecto —continúa— lo verificó, habiendo regresado después de marchas y contramarchas el 20 a la noche, sin haber tenido el gusto de medir las armas con las de los enemigos de la Patria, que, despavoridos, han ido a ocupar las montañas, donde podrán vivir con más tranquilidad que en las orillas del Ebro». Se habían llevado (no era otra su intención) muchos caballos, los uniformes y armas de los voluntarios, y cerca de 90 fusiles de la milicia reglamentaria. De paso, después de consultar a los alcaldes de Valtierra y Arguedas, se llevó a Tudela las armas de que disponían, para evitar lo sucedido en Corella; «pues vale más —explica Morentin al jefe político— que estén en manos de patriotas, que no en pueblos que dicen no poder libertarlas ni de tres facciosos. El espíritu de ellos es malísimo y sólo obran por temor a las disposiciones de V. S.». Sin comentarios.

Da cuenta, de paso, de otra sonada habida en Corella el 21 de dicho mes, contra los voluntarios, en la que participaron varios clérigos, armados con palos, que obligaron a aquéllos a huir como pudieron a Tudela, «monteando». De no

ayudar el jefe político de Logroño, habría que temer cualquier desgracia, en opinión del terrible tudelano, siempre ansioso de medir sus fuerzas con los «facciosos». Igual que en Tudela más tarde, Salaverri libertó a los presos y arrestó de momento al ayuntamiento, al negarse a proporcionar víveres. Los guerrilleros pasaron por Cadreita y Villafranca, huyendo de la persecución combinada de los milicianos; lo más que hicieron fue herir a un criado de El Pinto. Está claro que los pobres milicianos estaban completamente arrinconados en los pueblos de la merindad, si se exceptúa Tudela, dada la enemiga general y su exiguo número, y que gastaban alpagatas en balde, tras un enemigo de buenas piernas.

Arguedas daba cuenta en 30 de julio de la entrada de Manuel Lucus con 40 hombres de infantería y 10 de caballería, con pasaporte firmado por Bonifacio Landívar (un comisario realista), llevándose un caballo, valorado en 9 onzas de oro, y otros efectos. El 22 de agosto se presentaron las columnas que perseguían a Salaverri, tras su huida de Tudela, con sus jefes, los coroneles Tabuena, Gurra y Asura, unos 2.000 hombres. Consumieron 1.142 raciones de pan, 1.110 de vino, 94 de carne y 114 de cebada, con un valor total de 3.153 reales vellón. Así se esquilmba irremediabilmente a los pueblos por unos y otros. Por Caparroso pasó Lucus, llevándose 10 fusiles, 14 espadas y otras tantas carabinas, con la orden, además, del comisario Landívar, de preparar en seguida 1.000 raciones de pan, vino y carne y 400 de cebada. Pero, en el ínterin, llegó el general Espinosa y ordenó, naturalmente, no obedecer semejante requerimiento. Al fin, se conformaron los guerrilleros con 1.600 reales y algún vestuario, no dejando de manifestar Landívar, que «he recibido mis buchornos», por este motivo. Alguna fuerte reprimenda de sus jefes.

Cascante fue sorprendido por la partida de Salaverri (su nombre verdadero era Fermín Echebarne) el día 2 de agosto, aprovechando que se encontraba ausente la milicia local. Los realistas se llevaron 70 u 80 caballos, 27 fusiles, 10 tercerolas y un buey. No había manera de controlar a esta gente y los milicianos de la comarca sudaban y resudaban para atraparlos, casi siempre sin resultado. La misma cuadrilla de Salaverri se presenta el 19 de julio en Villafranca, mostrando un oficio del general Quesada para la entrega de armas, caballos y raciones. Toman aquí 28 fusiles, 11 tercerolas y otras tantas espadas, 12 caballos, 5 uniformes de la desbordada milicia y otras cosas. Acompañado de Garcés, vuelve Salaverri el 5 de agosto, llevándose nuevas raciones. Era alcalde primero don Joaquín de Arévalo y Domínguez, que hubo de rendirse a las demandas de los realistas. No se podía hacer otra cosa; aquí no había ningún Martínez de Morentin para resistir.

Pasamos a Buñuel, donde tuvo lugar una importante acción el 16 de junio, a cargo del indispensable tudelano. Se trataba de una partida de un centenar de hombres, mandada por Balda, Pinto y Navarro, que recorrían los campos de Arguedas, Cabanillas y Fustiñana, encaminándose luego hacia Buñuel. Los comandantes de las milicias tudelanas pidieron y obtuvieron autorización para atacarlos, componiéndose sus fuerzas de 23 hombres de infantería y 18 de caballería. La operación fue un éxito total para ellos, según vemos en la comunicación dirigida al jefe político en la que Morentin califica de «fanáticos y bandidos» a los jefes de esta facción, muy de acuerdo con el léxico liberaloide.

A poco de ponerse en marcha, recibieron los expedicionarios la noticia de que la partida estaba entrando en Buñuel. Cuatro leguas tuvo que andar la infantería tudelana, tardando sólo 3 horas en acercarse a la villa. Casi se entusiasma uno leyendo el parte de Morentin, pletórico de épicos lirismos. La batalla se dio a la parte de La Coloma y el que se lució de verdad fue el comandante de la caballería. Hasta 14 cadáveres enemigos quedaron en el campo de batalla, sin contar 3 prisioneros y algunos que cayeron al Canal. Realmente, esta fue la única batalla de alguna importancia a cargo de los milicianos de Tudela; acción que les vale el real agradecimiento y la inserción en la Gaceta del 26 de junio.

La insurrección tomaba ya grandes proporciones y la Junta Interina de Navarra, formada por Lacarra, Mérida, Uriz y Eraso, lanzaba inflamados manifiestos con los gritos de ¡Viva la Religión, el Rey, la Patria!, y ¡Muera la Constitución!, a la que se calificaba de «instrumento principal de la completa ruina espiritual y temporal de la nación». (Proclama de 10 de junio de 1822 en el Campo del Honor). Los jefes militares perdían la paciencia, persiguiendo a unos hombres que se disolvían ante fuerzas superiores, constituyendo una excepción la terrible derrota infligida por el coronel Tabuena a la partida de Salaverri, después de su salida de Tudela, como ya se ha visto.

UNA SEDICIÓN EN MURCHANTE

El cuadro de los pueblos es siempre el mismo; una minoría constitucional, asistida en lo posible por las autoridades superiores, frente a la masa del vecindario, abiertamente hostil. Los testimonios que hemos ofrecido, tocantes a Tudela, Cascante y otros puntos, a través de los comunicados de los propios liberales, como Morentin, nos evidencian esta situación de hecho.

Murchante es otro ejemplo más de este espíritu, ya a principios de 1822. El 27 de enero había aparecido ensuciada la lápida de la Constitución (se puede suponer saber con qué), y la situación aparece claramente reflejada en un anónimo dirigido al jefe político. Nos habla su autor de su «fuego constitucional» y del odio que le profesaba el partido servil, echando la culpa de lo que ocurría al párroco. «Este eclesiástico —copio— ha tenido la rara habilidad de fascinar a sus feligreses en tales términos, que de permitirlo él, le darían culto como a las sagradas imágenes». Todo eran vivas a la fe, a Dios y al vicario, cada vez que salía a la calle, resultando tan enemigo de la Constitución como el cura Merino; «y mucho peor y más terrible —prosigue— la guerra sorda que está haciendo impunemente». Tan viva oposición termina anunciando tremebundamente un estallido próximo. «El pueblo de Murchante en masa —asegura— está próximo a estallar contra el Sistema a la primera señal de su párroco». No se equivocaba tampoco el anónimo comunicante, como vamos a ver.

El jefe político tomó en consideración estas noticias y se dirigió al párroco, llamándole la atención sobre su conducta. Claro que el acusado se defendió como mejor pudo, asegurando que era enemigo de sediciones, «y sabe dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César». En los sermones predicaba con toda moderación, según él, acusando de paso al alcalde, un tal Sebastián Aguado, liberal cien por cien. Este con sus provocaciones dio lugar a algunos incidentes el 5 de julio, produciéndose el gran motín al disparar varios

tiros él y los milicianos que le acompañaban, contra Manuel Sagasti, a los gritos de, *¡Vamos allá, los hemos de freir!* El pueblo entero se conmocionó, obligando al alcalde a detener a los liberales más destacados y desarmando a los milicianos. Visto el sesgo que tomaban las cosas, Aguado se dirigió al juez de Primera Instancia de Tudela, pidiendo urgente socorro.

Siempre estaba dispuesto Morentin a defender la *Santa* Constitución, y una vez más, se puso en camino sin pérdida de tiempo al frente de sus milicianos, llegando a eso de la una al Alto del Plano, donde se detuvieron para hacer un reconocimiento e inquirir noticias sobre la sedición. Para echarle más teatro a la cosa, decía el tudelano, al comunicar sus impresiones a la ciudad, que escribía sobre un tambor. Los amotinados pedían la cabeza de Aguado a gritos y esperaban, según los rumores, la llegada de refuerzos de Cascante. Habiéndose aproximado al lugar, observaron los tudelanos que la gente «andaba de calle en calle con sus armas y hasta las mujeres, con voces subversivas y escandalosas, tomaban parte en la insurrección». Unos y otras insultaban a grito pelado a los milicianos de Tudela, llamándoles *judíos* y otros epítetos malsonantes.

Todo el día pasó Morentin sin decidirse a entrar en la población (¿miedo?, ¿prudencia?), pidiendo más munición a Tudela, por si acaso. Este curioso ejemplar de constitucional archiconvencido de la legitimidad de la causa que defendía, no hacía más que enviar partes y más partes, como si mandase un ejército de operaciones, o poco menos. En el último decía que, con el largo ayuno, sus milicianos se encontraban «cuasi exánimes», hasta el extremo de pedir víveres a los propios murchantinos a los que venía a someter. La contestación fue, «que entrásemos por ellas si éramos tan valientes». Agotada ya la paciencia de Morentin, pasó al oscurecer un ultimátum a los sediciosos, exigiendo la inmediata libertad de los detenidos y, amenazando, en caso contrario, con liberarlos a la fuerza. La conminación surgió su efecto, según el tudelano, pues a eso de las 9 se presentaron los presos en su campo, incluidos el alcalde y el escribano. Mientras la infantería se retiraba a los olivares de Tudela, la escasa caballería patrullaba por las cercanías del lugar. Al amanecer entraron las fuerzas expedicionarias por las calles, sin encontrar resistencia. A eso de las seis llegaron unos 400 milicianos de infantería, procedentes de Borja, Magallón, Agón, Cintruénigo y Corella, así como medio centenar de caballería.

Ocupado el pueblo, se procedió a la detención de los que más se habían distinguido en el motín, entre ellos el sacristán y un hermano del párroco. Varios, como Sagasti y Rubio, se presentaron voluntariamente, subiendo a 28 el número de procesados. La casa del rector fue totalmente saqueada, buscando éste y otros su salvación en la huida. En tan poco gloriosa operación se distinguieron los milicianos de Borja, cuya conducta fue calificada por sus propias jerarquías de «exceso de celo». Las fuerzas se retiraron luego, excepto las tudelanas, que permanecieron hasta el 10.

La versión de los sucesos dada por el rector, en legítima defensa, suya y del pueblo, difería bastante de la del exaltado Morentin. Si no entraron los tudelanos en la población —leemos— fue por miedo y no para evitar el asesinato de los presos, como pretendía el valentón jefe de la milicia tudelana. En ningún momento se les negó la comida solicitada, contra la afirmación de

éste. Se ve que la imaginación de Morentin sobrepasaba un tanto los límites normales y el párroco de Murchante dejó en su punto las cosas. Todo era preciso para defenderse de su duro contrincante, que le motejaba de «antisocial y antievangélico». Los ultras tudelanos tenían enemigos y contradictores en toda la merindad. Cascante, Corella, Fustiñana y Murchante, eran tres huesos difíciles de roer para los constitucionales, que trataban en vano de meter en vereda a la gente.

Para colmo, el mayor enemigo lo tenían dentro de casa, entre las propias autoridades, comenzando por el obispo y los alcaldes, de un constitucionalismo bastante tibio, en opinión de Morentin; más bien ausencia total. Bien que todo parecía moderación y traición a los nerviosos milicianos, acusando siempre a sus convecinos ante el jefe político.

EL GENERAL TORRIJOS EN TUDELA

Este exaltadísimo general que tanto figura en los libros de la época, vino a Navarra como comandante en jefe, decorado con una brillante hoja de servicios militares y políticos, el último, la prisión que sufrió en Alicante en 1819. El triunfo de Riego le eleva rápidamente, y a los 31 años, aclamado por el pueblo como héroe, sale a campaña en Cataluña en 1822, pasando luego a Navarra, donde bien pronto da muestras de su temperamento violento. Todos sabemos que sus ideas serían causa de su trágico final en 1831, a los 40 años de edad.

Pues bien, este hombre fanático e intransigente a ultranza, viene a Navarra con muchos humos, dispuesto a aplastar a los navarros, como fuese. Sustituye en el mando al fracasado general Espinosa, a pesar de algunas victorias obtenidas desde que se declaró el estado de guerra en el Quinto Distrito (al que pertenecía Navarra), en agosto de 1822. Su paso por Puente la Reina, más adelante (a principios de 1833), había de ser señalado por la hiel que destilaba este furibundo constitucional. La obsesión de Torrijos era el general Quesada, con quien trataba de enfrentarse cara a cara, para asestar un golpe de muerte a la facción realista.

Los liberales tudelanos encontraron en este comandante jefe un hombre a su medida, y no dudaron en utilizarlo para su causa contra sus propios convecinos. Así que se dirigieron a él con una larga representación el 5 de noviembre, exponiendo, a su manera la situación de la ciudad, y haciendo de paso su propia apología; cuentos de *buenos y malos*, en resumen. Veamos, como muestra, el final de sus alegatos y quejas: «Un pueblo, cuya consideración de segundo de Navarra y cuya localidad le proporciona influir en un radio de acción de 10 ó 12 leguas, ¿habrá de continuar siendo gobernado por unos *facciosos*, que así pueden llamarse la mayoría del ayuntamiento? ¿Será posible que consideraciones nimias retarden la curación de un mal tan grande? Señor General, los momentos son críticos, todos los *buenos* han fijado en V. S. sus esperanzas, sus gloriosas hazañas sobre la Cataluña, todo esto está gravado en el corazón de los patriotas, y desgraciados ellos si al pasar su libertador el primer pueblo del distrito, no vieran en las providencias, marcada la senda de la firmeza y decisión... La salud de Tudela exige imperiosamente que se reforme el ayuntamiento actual, dexando a algunos pocos que hay *buenos*, y suspendiendo y reemplazando a los *malos*. Malos, sí, señor General,

malísimos, pésimos y más terribles aún que Santos Ladrón y Quesada, pues al menos éstos, se presentan como enemigos a las claras».

Firman Gregorio de Yanguas, José Barrón, Juan José Gaztambide, Nolasco Ximénez y Miguel de Sala. No era la prudencia una virtud de Torrijos y el mal intencionado escrito encontró la buena acogida que se podía esperar. Inmediatamente se dirigió al jefe político, conminándole para que, sin pérdida de tiempo, destituyese a los capitulares tudelanos que resultasen «sospechosos o criminales». Sin más información que la de estos exaltados y llevándolo todo por la tremenda (de que da continuas pruebas desde su entrada en Navarra), trata de asesinar a los componentes del ayuntamiento. Así que, atemorizados sin duda, presentaron éstos la dimisión al día siguiente (8 noviembre), sin dar lugar a las formalidades legales, firmando la renuncia don José Yanguas, como secretario que era de la corporación.

A ayuntamiento muerto, ayuntamiento puesto, en el que figuran, entre otros, los nombres de Domingo Aguirre, Tomás Lope, Felipe Pérez de Laborada y José María Sagastibelza. Pero, pasado un mes, los alcaldes y regidores *buenos* de ahora se quejaban al jefe político (en 14 de diciembre), de que las cosas no andaban bien. El motivo era los excesos cometidos por el comandante militar Mendiondo, que trataba de hacer de la ciudad un bastión defendible. No podían alcanzar las cajas municipales a tantos gastos, que rebasaban los 34.000 reales vellón, debiendo además pagar a los milicianos (4 reales diarios) y atender los gastos normales en medio de aquella completa anomalía. Por otra parte, ellos no habían ocupado sus puestos para ver despreciada a la autoridad e instaurada la anarquía en la ciudad. Cuando los de la oposición toman las riendas, se sienten responsables y conservadores, y precisan el orden para gobernar; esto ocurría exactamente con los nuevos regidores. Me da la impresión de que es la pluma de Yanguas la que redacta ésta y otras representaciones, quizás un poco contrariado por el camino que tomaban las cosas. Este hombre que, a partir de 1832, habría de figurar tanto en la administración del reino, y que sería más tarde el verdadero inspirador y artífice de la *Ley Paccionada*, no disimulaba entonces sus ideas liberales y es probable que asistiese a aquellas tertulias del Vencerol, extinguido prácticamente en 1821. Sus primicias políticas y disgustos consiguientes, comenzaban ahora para él. Así andaban las cosas en Tudela a fines de 1822. Observamos que la merindad no aporta mucha gente al movimiento realista, a pesar del mal espíritu. Según los datos oficiales, de Tudela se habían incorporado solamente 15 a la facción. En 1825, representaría Corella, que fue uno de los pueblos que más contingente dio a la causa realista y que la partida de Fermín Echebarne defendió el trono a las órdenes de don Santos Ladrón. De Murchante aparecen 6 hombres, y de Cabanillas, 8. Mientras tanto, Pamplona aportaría 258, oficialmente; Estella, 89; Tafalla, 56; Olite, 21; Sangüesa, 63.

En cuanto a Torrijos, el fracaso le hace más colérico e inaguantable, y a raíz de algún contratiempo en Puente la Reina, a mediados de diciembre de este año, da palos de ciego aquí y allá, imponiendo el régimen del terror y humillando a Navarra en uno de aquellos arrebatos suyos, con estas duras palabras: «Pronúnciese de una vez Navarra; diga si quiere o no pertenecer a la heroica nación española y decida de su suerte». Su reto sería aceptado y los navarros saldrían adelante con su causa.

HACIA EL FINAL DE LA GUERRA

La guerra propiamente dicha había comenzado en Navarra en 11 de diciembre, según nos dice don Andrés Martín en su historia de la División de Navarra, aprovechada por Gambra para su libro ya citado. Copiemos sus palabras, llenas de acentos bíblicos: «Fue en 11 de diciembre, cuando los católicos de este Reino salieron al campo, diciendo con los Macabeos: Más vale que muramos en la guerra, que ver tantos males como padece nuestra gente». Tanto esfuerzo y heroísmo iban a ser coronados por la victoria en 1823, cuando las grandes potencias (Rusia, Austria, Prusia y Francia) se deciden a intervenir, encargándose Francia de dar el espaldarazo definitivo con la entrada de *Los Cien mil hijos de San Luis*, que, en realidad, no pasaron de los cincuenta y tantos mil. El esfuerzo principal se realiza aquí dentro, y Navarra es punto clave del éxito de la operación.

La situación no era buena ni mucho menos al comenzar el año, en pleno invierno, sin dinero, aprestos y escasos víveres; huyendo de la persecución de Torrijos, que, en plena nevada, se apodera de la Casa-fuerte del Irati, en el difícil Pirineo. El mismo reconocería que nunca habían sufrido, tanto él como su gente, en esta operación. La correspondencia entre los jefes realistas, como Santos Ladrón, Pedro María Pastor, Carlos O'Donell y Tomás Zumalacárregui, nos ponen al corriente de la difícil situación, casi desesperada. Como muestra de ello, diremos que en carta de 12 de enero, Pastor escribía desde Erro que sus 600 hombres se encontraban «en cueros, sin un maravedí, y lo peor, sin un cartucho». Tampoco las fuerzas gubernamentales andaban demasiado boyantes, aunque tanto Torrijos como Chapalanga (así se llamaba el coronel Pablo) logran algunas ventajas.

El 14 de marzo se despidió aquél, sucediéndole Ballesteros, liberal más moderado que su antecesor, que establece su cuartel general en Tudela, cuando los rumores de la intervención francesa empezaban a crear una sicosis de pánico en las autoridades y liberales en general. Empeñado el ejército en fortificar debidamente la plaza, los 5.708 vecinos del partido, hubieron de soportar la carga mensual de tres reales y medio vellón, para juntar los 25.000 necesarios. La Junta nombrada al efecto lo consumía todo rápidamente, en medio de las lamentaciones generales.

Las partidas se hacen casi dueñas absolutas del campo, hasta el punto de interrumpir las comunicaciones con Pamplona, lo que obliga a las autoridades tudelanas a solicitar del rey, en 1 de marzo, que las de Zaragoza conociesen y resolviesen sus asuntos. Pronto se prepara la desbandada general. La Audiencia y Ayuntamiento de Pamplona organizan su salida a principios de abril. El repliegue momentáneo de la División realista sobre el Pirineo, para su avituallamiento, permite a las columnas gubernamentales algún respiro y recorrer el país de aquí para allá, cometiendo las consabidas tropelías, exacerbadas por la inminencia de la derrota. Producida al fin la invasión a principios de abril, Pamplona sufre un largo asedio, que dura hasta septiembre, rindiéndose pocos días antes que Cádiz, el último baluarte de la resistencia liberal. El resto del territorio es ocupado sin apenas resistencia.

La última acción de importancia en la meridad de Tudela fue la de Fitero, el 26 de febrero. La columna del coronel De Pablo alcanzó al cabecilla

Besieres y le hizo 85 prisioneros. Firma el parte el capitán Francisco Moriones. Los generales Odali y Empecinado persiguieron luego a los fugitivos.

El ayuntamiento tudelano eleva una angustiosa llamada al general Ballesteros para que destruya aquella fuerza realista, compuesta de cuatro batallones con 3.000 hombres y 130 caballos, cuya táctica —leemos— «es huir siempre y no dar cara». Pero esto resulta ya imposible y en lo que pensaba el general era en la retirada y en el sálvese quien pueda.

LA HORA DE LAS REPRESALIAS

Comienzan ahora las represalias y castigos contra los vencidos, contra los distinguidos en el famoso Trienio Constitucional. Uno de ellos fue don José Yanguas, con algunos del Vencerol, que sufrieron prisión en el convento del Crucifijo de Puente la Reina. La biografía de este personaje de J. R. Castro, me libera de extenderme en las andanzas y vaivenes de los años que siguen a la derrota de su causa y su adaptación posterior a la nueva situación, por suerte para Navarra, sin abdicar de sus principios, aunque sí aleccionado por la experiencia y con un gran amor a la tierra y a su régimen especial de gobierno, que conocía a fondo. Nacido en 1782, es nombrado en 1806 escribano del ayuntamiento, y en este cargo le coge el Trienio Constitucional.

Su simpatía a la Constitución, le hace víctima de las represalias consiguientes, dando con su bagaje liberal en el convento del Crucifijo de Puente, convertido en cárcel provisional para más de 200 presos políticos, la mayor parte milicianos voluntarios y reglamentarios. El indulto otorgado el 16 de abril no alcanzó por lo visto a esta gente, que llevaba encerrada treinta y tantos días, según vemos en la representación elevada a la Diputación en 15 de mayo, que firman, entre otros, Atanasio Martínez de Ubago y Vicente Anchoarena, pidiendo la amnistía. Ahora, todos aparecen como buenos chicos.

En otro escrito dirigido a la misma corporación en 3 de agosto, por una porción de presos, tras de pedir su intercesión a los diputados para conducir a buen puerto su causa, llamándoles de paso, quizá con un poco de ironía, «Padres de la Patria», se dice lo que sigue: «Entre los componentes hay voluntarios y milicianos que llamaban de la ley, sacerdotes, religiosos, hacendados, comerciantes, labradores y artesanos. Son navarros, hace cuatro meses que están presos, según se les ha dado a entender por adictos a la Constitución. Pero V. S. Y. no ignora que las autoridades religiosas, en la Cátedra del Espíritu Santo, han exhortado la obediencia y el amor a la Constitución; que los magistrados civiles, y militares, con sus órdenes y mandatos, han hecho lo mismo; que los empleados, los escribanos, procuradores, etc., tuvieron que probar legalmente adhesión al Sistema Constitucional, tanto por conservar sus empleos, como para ejercer las funciones de sus respectivos oficios; que los jefes y oficiales de los batallones y compañías de la milicia voluntaria y reglamentaria, por sí y en nombre de sus cuerpos... creyeron por conservar el orden y la tranquilidad, deber manifestar los mismos sentimientos».

Si toda esta gente salió indemne, ¿por qué ensañarse con los 400 y pico que habían sido encarcelados? De lo contrario, «toda Navarra —concluye el escrito— se habrá convertido en una vasta prisión». Si he copiado todo esto, es porque se advierte claramente la mano y... la gran contrariedad de Yanguas

en la exposición. Su firma es ahora la primera, siguiendo las de Francisco de Sales Belaunza, Juan José Gaztambide, Vicente Sierra, Juan de Ochotorena y algún otro. Por cierto, el insigne músico tudelano Joaquín Gaztambide (deben de ser familiares los que aparecen aquí), nace en 1822, en pleno ambiente de guerra y de exaltación de pasiones, según se dice en *Apuntes Tudelanos*.

El informe del síndico de la Diputación, don Angel Sagaseta de Ilúrdoz, es moderado y no deja de reconocer la veracidad de varios de los extremos apuntados por Yanguas, inclinándose personalmente al olvido del pasado. Pero no deja de dar un buen repaso a las ruines actividades de los que, «pegados a las aguabenditeras y capillas, estaban allí cazando las palabras del predicador; los correveidiles que visaban a las juntas, designaban los asuntos y preparaban los oradores; los que estaban destinados a observar las conversaciones en los cubiertos de la Plaza del Castillo, paseos y Mirador; los que tenían empleo de correr las calles después de oscurecer, para poner en lista a los que entraban en casa de fulano o zutano; los que tenían la correspondencia con los periódicos exaltados de Madrid y San Sebastián, con los exaltados de varios pueblos de España y con los agentes que tenían en París y otros pueblos de Francia... Quiera Dios, Ilmo. Sr., si no es esencialmente necesario para el bien de la Patria, que permanezca oculto todo esto». Aplíquese a Tudela y otros pueblos lo que ocurría en Pamplona, y tendremos un cuadro bastante exacto de la conducta de tantos y tantos, cuando no esperaban perder y se las prometían felices.

No aparece Martínez de Morentin entre los firmantes del Crucifijo de Puente la Reina, lo que nos hace sospechar que supo escapar a tiempo, temiendo lo peor sin duda. Más tarde, le vemos en Inglaterra de pacífico profesor. Este no estaba como para purificarse ni en las aguas del Ebro. Son encausados los escribanos don Francisco de Paula Anchorena, don Francisco de Sales Belaunza y don Antonio Rodríguez. En julio, la Diputación trataba de inquirir cómo se practicaban ciertas exacciones y multas a determinados implicados en el caído sistema. Ocupaba la alcaldía don José María Cortes, quien informó de que habían sido impuestas por el virrey (el Conde de España), obrando la relación correspondiente en poder del comandante militar de la plaza. Hasta 14 vecinos fueron invitados a entregar un total de 2.700 duros.

Hubo protestas por parte de algunos de los afectados por el castigo (Fermín de Itúrbide, Miguel Frauca, Dionisio Marco y Vicente Escudero), contra los procedimientos del general Laguna y del propio virrey, en constantes apuros para mantener la tropa. A éstos se les había pedido a cada 12.000 reales (el valor entonces de un caballo, armas y vestuario), prueba de que los tenían, ofreciendo ellos hasta 8.000. Caso especial es del Marqués de Montesa, al que, como pez gordo entre los gordos, se le multó con 80.000 reales, siéndole embargada su casa sita en la Puerta de Zaragoza, al menos de momento, con sus existencias. Para que nos hagamos cargo de lo que pueden suponer estas cantidades que barajamos, diremos que el robo de trigo valía entonces 10 reales vellón; el de cebada, 4; la docena de aceite, 12. De modo que la multa impuesta a Montesa, equivaldría a unos 8.000 robos de trigo, y la de los anteriores, a unos 120.

Es de destacar la afición a las ideas liberales de un no escaso número de burgueses en los núcleos importantes, cuando no de algunos aristócratas, con

antecedentes de afrancesados. Algo de eso se aprecia en Tudela. Cornelias llega a decir que, en cierto modo, esta guerra es de la ciudad contra el campo, apegado a sus viejas libertades y convicciones y desconfiado de la urbe. Muchos otros liberales de la merindad fueron también sometidos a expediente de purificación. En 1825, se citan en mi libro *Catálogo documental de la ciudad de Corella*, los nombres de don Francisco de Paula Goñi, como hacendado, que formó parte de la milicia de caballería, y de un Octavio de Toledo. Algunos habían pasado a Francia, como Sopranis, que fue de los llamados *peseteros* de Logroño y entró con el cabecilla Mantilla en Navarra, tras de la entrada del ejército francés, al comenzar la desbandada. Donato Porlier vivía ahora en Ciempozuelos. La vida se hacía difícil en muchos casos y no faltaron emigrantes.

Dos JUNTAS DE MERINDAD EN TUDELA

La guerra no acaba propiamente hasta septiembre de 1823, en que Pamplona se rinde al ejército sitiador tras largo asedio. Desde el 26 de marzo en que las fuerzas liberales fueron derrotadas por Santos Ladrón en las proximidades de Pamplona, terminaron las batallas campales, que, en realidad, no habían sido muchas, reduciéndose la resistencia a la capital, defendida por el general Sánchez Salvador, que estuvo a la altura de su misión; hay que reconocerlo así. Mientras tanto, las nuevas autoridades supremas iban promulgando decretos y dictando sanciones contra los de la caída situación. La Junta Superior Gubernativa había decretado los primeros días, cuando aún conservaba su autoridad, un decreto bastante severo, que no tuvieron en cuenta los franceses ni el Conde de España, inclinados más bien hacia la benevolencia. Por otra parte, la oficialidad de la División Real, que bloqueaba Pamplona con otras tropas, empezó a manifestar claramente su descontento por la preferencia dada a muchos oficiales, que incluso habían luchado en las filas liberales hasta la víspera, mientras el ídolo de los navarros, don Santos Ladrón, era poco menos que arrinconado. Tampoco la Diputación complacía a aquellos realistas puros, que habían sufrido lo indecible y veían, desilusionados, que aquello no andaba como ellos hubiesen deseado. En fin, que allí sobraban tanto los diputados como el virrey interino. Los diputados que ocupaban sus cargos en 1820 y habían acatado la Constitución, forzados por las circunstancias, volvían ahora a sus puestos, y la meritísima Junta Gubernativa no era tenida en cuenta por quienes le debían todo. No sería exagerado decir que el espíritu primitivo se veía adulterado por quienes empezaban a encauzar la victoria; se había ganado la guerra, pero se iba a perder la paz. Fernando VII defraudó totalmente a los navarros en este sentido y en otros. Porque sus fueros habían de aguantar los más virulentos ataques en la famosa Década.

En esta situación de ánimo, el coronel Villanueva (alias Juanito), recogiendo la opinión de sus compañeros, se dirigió al ayuntamiento de Tudela, exponiendo sus puntos de vista y pidiendo que convocase una junta de merindad, como cabeza que era de la misma, mientras las fuerzas a sus órdenes daban muestras de sedición. La junta se reunió el 10 de junio sin intervención de la discutida Diputación, acudiendo dos diputados de cada uno de los pueblos para discutir el delicado asunto. Según cierto anónimo, que se firma *Un buen realista*, allí se habló con desprecio de los franceses y de la Diputación. Tanto el

Conde de España como la Diputación, censuraron semejante iniciativa y haberse prestado a este juego. El informe del síndico Sagaseta de Ilúrdoz decía de Tudela que «ha merecido mal del reino», y que había mostrado «una debilidad más que mujeril». Muy adulator nos parece este asesor de la corporación, que trata en su informe de justificar enteramente a los diputados, bastante blandengues cuando llegaron las duras. Sin embargo, los principios son los principios y su autoridad no podía ser destruida, so pena de crear un mal precedente.

Esta nube se disipa de momento, pero en agosto hay nueva tormenta. El 19 se reúne otra vez la junta de merindad, ante la alarma producida por el proyecto (desechado apenas nacido), de establecer el régimen de Dos Cámaras en Castilla. Estas anomalías, como las de convocar una cabeza de merindad por su cuenta a los lugares de su partido, se explican por las circunstancias. Todavía no se había liberado a Pamplona, con los inconvenientes que ello suponía para el asiento de las ambulantes autoridades. La Diputación residía de momento en Puente la Reina y reaccionó violentamente, obligando a dar explicaciones a los regidores tudelanos, por desconocer repetidamente su autoridad, la única legítima, ya que representaba en definitiva a las Cortes o Tres Estados, que la habían nombrado al disolverse en 1818. En todo caso, no había lugar a dirigirse al rey, como pretendían los tudelanos, por una cuestión que no afectaba a los navarros, sino a Castilla y Aragón exclusivamente. Navarra tenía su propia legislación y forma de gobierno. Empleando sus propias palabras, «lo que únicamente nos interesa, es conservar nuestros fueros y leyes, y no dar lugar a que Castilla y Aragón, imitando tan pernicioso ejemplo, quieran mezclarse en los nuestros».

Por lo demás, estas reuniones eran plenamente antiforales, pues si las cabezas de merindad se arrogaban la facultad de nombrar diputados y convocarlos por su cuenta, las cortes tradicionales estaban de más. Y explica la Diputación: «Porque aprovechándose el Gobierno de este exemplar, jamás permitiría que se reunieran las Cortes, pretextando en cualquier negocio de importancia que ocurriese, que la Diputación podría evacuarlo con el auxilio de las merindades y de algunos individuos de los otros brazos» (Militar y Eclesiástico). Las juntas de merindad, un poco subrepticamente convocadas por Tudela, solamente tenían lugar antiguamente con motivo de las proclamaciones de reyes y, por excepción, durante la Guerra de la Independencia, para resolver el problema de los suministros a la tropa francesa.

Las cosas fueron volviendo a su ser, aunque por poco tiempo, pues tras una década de paz relativa, la primera guerra carlista asolaría nuevamente nuestros campos. La insatisfacción de la postguerra, que se acentúa en Navarra a lo largo de la llamada *Ominosa Década*, por los liberales, aumenta y la insurrección encuentra ambiente propicio. Lo principal —lo decimos una vez más— es el fondo ideológico, el contenido doctrinal, el mismo de la guerra de 1821-23. La cuestión dinástica es menos importante, sin duda alguna.

A MODO DE MORALEJA

Esta Guerra Realista, inserta en pleno Trienio Constitucional, de la que hemos historiado la parte tocante a la merindad de Tudela, no es pródiga en

batallas espectaculares, por su propio carácter de guerrilla más que nada, pero presenta características muy especiales, que la hacen interesante por demás.

En primer lugar, se trata de la primera guerra de tipo puramente ideológico de nuestra historia. Es la resistencia del antiguo sistema contra el nuevo, de cuño europeo, inicialmente, que se empieza a abrir paso a fines del siglo XVIII, dividiendo a los españoles en dos bandos. Esta resistencia encuentra en Navarra un fuerte bastión, por una gran religiosidad y adhesión a la monarquía tradicional, que no tolera la Constitución de Cádiz ni sus consecuencias, desembocando en la lucha armada.

El sacrificio de los de casa y la ayuda de Luis XVIII, interpretando la voluntad de las grandes potencias, deciden la victoria a favor de la causa realista frente al Sistema constitucional. Pero los puritanos de la causa no aceptan de grado las consignas francesas de la postguerra, quedando defraudados precisamente los que más habían padecido y dado la cara abiertamente. Así se explica que, casi inmediatamente a la victoria, Navarra cosechase las primeras desilusiones, al ver luego que su sistema foral era atacado frontalmente por el poder central. La segunda guerra civil (y primera Carlista), presenta el mismo fondo ideológico que la primera, con un motivo más para su justificación: el pleito dinástico planteado al morir Fernando VII, aquel monarca al que poco tuvo que agradecer Navarra y que tan mal correspondió a sus heroísmos para situarle cómodamente en el trono.

La tesis liberal se impone más y más, y el viejo espíritu conservador que late en Navarra y otras regiones —un eslabón más en esta cadena que comienza con la Guerra de la Independencia— se manifiesta pujante de nuevo en la segunda Guerra Carlista. Estas reservas seculares son las que han puesto un dique a la disolución en nuestros días. Así, la primera guerra, la de 1821-23, y la que nos ha tocado ver, tienen un sentido semejante, aunque en distinto escalón, como salta a la vista. He aquí una elocuente lección de historia que empezó hace siglo y medio. Miradas así las cosas, aquellas guerras no fueron estériles.

FLORENCIO IDOATE

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

- ARCHIVO GENERAL DE NAVARRA: *Sección de Guerra*, legs. 22-30, y *Virreyes*, leg. 3.
 CASTRO, J. R.: YANUAS Y MIRANDA. Una vida fecunda al servicio de la política (Pamplona, 1963).
 COMELLAS, J. L.: *Los realistas en el trienio constitucional* (Pamplona, 1958).
 GAMBRA, R.: *La primera guerra civil de España (1821-23)*.
 HUICI, M. P.: *Las Cortes de Navarra durante la Edad Moderna* (Madrid, 1963).
 IDOATE, F.: *Rincones de la historia de Navarra*, tomos II (Pamplona, 1956) y III (1966).
 —*Catálogo documental de la ciudad de Corella* (Pamplona, 1964).
 MARTÍN, A.: *Historia de la guerra de la División Real de Navarra contra el intruso sistema llamado constitucional* (Pamplona, 1825).
 SAINZ Y PÉREZ DE LABORDA, M.: *Apuntes tudelanos*, 2 tomos (Tudela, 1914).